

AG CMIR 25.

Nuevos temas y perspectivas ofrecidas por jóvenes teólogos/as

Victoria Turner

En Edimburgo, la ciudad escocesa donde vivo, tuvo lugar el Festival de Cine Español de Edimburgo. Fuimos a ver una película titulada *La isla de los faisanes*. La isla de los faisanes es un pequeño pedazo de tierra en medio del río Bidasoa. A un lado del río está España y al otro, Francia. Esta isla, en medio de ambos países, cambia cada seis meses entre la jurisdicción francesa y la española. Esta zona del mundo se llama País Vasco, que se extiende por el centro-norte de España y el suroeste de Francia, y tiene una de las lenguas más antiguas de Europa (según los lingüistas). Muchas de las personas que residen en el País Vasco quieren la autonomía, independizarse tanto de España como de Francia. Para ellos y ellas, desplazarse entre las zonas vascas de España y Francia es bastante fácil gracias a la Unión Europea (de la que mi país ha salido ridículamente). Sin embargo, esta película se centra en cómo estas fronteras afectan a las personas que viajan a Francia en busca de asilo. Cuando llegan a Irún, en el lado español, se encuentran con que la frontera está cerrada. Hay controles para peatones, pasajeros/as de tren e incluso para quienes viajan en pequeñas embarcaciones. Por supuesto, solo piden la documentación a quienes parecen árabes o africanos/as subsaharianos/as. Si su documentación no está en regla, les envían de vuelta a España.¹ Por eso, algunas personas deciden intentar cruzar el río a nado, lo que provoca la muerte de algunas de ellas.

Esta película sigue a una pareja de ciudadanos españoles que viven en el lado francés. Ven a dos migrantes que intentan cruzar el río con dificultad. Aunque pudieron salvar a una persona, la otra, lamentablemente, se ahoga. En la película, la pareja aprende más sobre la vida de los solicitantes de asilo en su ciudad y se convierte en defensores de su causa. La película termina con el entierro de la sardina, que se celebra el Miércoles de Ceniza. Se trata de un entierro simbólico del pasado para permitir que la sociedad renazca, se transforme y recupere su vigor. La sardina es un símbolo que representa la quema de los excesos de la fiesta. Representa la regeneración y la liberación: el paso del símbolo por el fuego representa la purga de los vicios y el restablecimiento del orden temporalmente subvertido durante la fiesta; en las ceremonias de entierro simbólico, el tema es la reflexión.

El trabajo de esta pareja en la película consiste en crear las figuras de tamaño gigante (incluida la sardina) para estas fiestas. La escena final de la película muestra a la mujer siendo detenida en la frontera con Francia por segunda vez. La primera vez la detuvieron cuando intentaba ayudar al niño al que había salvado de

¹ <https://english.elpais.com/spain/2021-08-11/spains-bidasoa-river-the-new-death-trap-for-migrants.html>

ahogarse al cruzar a Francia. Esta segunda vez, su coche había sido seguido por la procesión del carnaval. Con tanto ajeteo, el guardia fronterizo se distrajo. Las figuras de tamaño gigante (que pesan alrededor de 50 kg, pero están equilibradas de tal manera que se puedan llevar puestas como trajes) eran controladas por un pequeño grupo de migrantes amigos de la pareja. Cuando llegaron al cruce, se quitaron los trajes y cruzaron corriendo la frontera hacia Francia. La película termina con la quema de la sardina.

Esta historia me inspiró mucho y la utilicé para estructurar mi charla. La primera parte: ser testigo. La segunda: tradición y purga.

Testimonio

De la Confesión de Belhar:

- que la iglesia debe, por tanto, ayudar a las personas en cualquier tipo de sufrimiento y necesidad [...], que la iglesia debe testificar en contra de y oponerse a cualquier tipo de injusticia, para que fluya el derecho como las aguas y la justicia como arroyo inagotable;
- que la iglesia, la cual pertenece a Dios, debe ubicarse donde el Señor se ubica, es decir, en contra de la injusticia y con el agraviado; que la iglesia, como seguidora de Cristo, debe testificar en contra de todos los poderosos y privilegiados, quienes egoístamente buscan sus propios intereses y así controlan y dañan a otros.

Creo que nuestra concepción de lo que significa dar testimonio ha cambiado porque las historias que contamos sobre nosotros y nosotras mismos/as han cambiado.

Paul Virilio, el difunto filósofo y fenomenólogo católico francés, habló de cómo nuestro mundo excesivamente tecnificado está multiplicando las “molestias corporales” y los “inconvenientes epistemológicos” que nos distraen de Dios. Se refirió a nuestras computadoras, que hoy ya serían nuestros teléfonos, como “máquinas de visión”. Estos dispositivos no solo se convierten en herramientas con las que podemos consultar información, sino que producen un tiempo sintético que viene acompañado de nuestra “voluntad de iluminación universalizada”, en la que creemos que con nuestros teléfonos podemos verlo y saberlo todo, casi viéndonos a nosotros y nosotras mismos/as como si fuéramos Dios. También tiene el efecto inverso, en el que deseamos que nos miren, como si nos adoraran. Así que vemos y nos ven. Estamos viendo cómo se desarrolla el genocidio en Gaza. Eso es diferente a ser testigos.

Michael Morrelli, un teólogo canadiense, habla de una “oleada de poder” que acompaña al hecho de mirar a través de estas máquinas de visión, casi una intoxicación y una idea de control que proviene de ese momento fugaz. ¿Alguien más ha sentido que existe en un espacio mental y tal vez incluso físico diferente cuando se sumerge en la tecnología? Cuando pasan 10 o 30 minutos y alguien te

pregunta qué has estado haciendo, ¿no sabes qué responder? La generación Z lo llama *brain rot* (podredumbre cerebral). Quizá un término más adecuado sería “abuso cerebral”. Byung Chul-han es un filósofo coreano que vive en Alemania y habla de cómo nos estamos convirtiendo en esclavos y esclavas de estas máquinas, alterando nuestros pasatiempos, intereses, opiniones, identidades y tiempo para obtener atención o aprobación.

Las historias que contamos sobre nosotros y nosotras mismos/as han cambiado. Los sistemas de apoyo se consideran una debilidad y el éxito solo se cuantifica económicamente. En el Reino Unido es cada vez menos habitual definirse como parte de una comunidad: miembro de una iglesia, un sindicato o incluso un gremio, un grupo de mujeres, o una zona geográfica como un pueblo o una ciudad. Recientemente visité una exposición fotográfica llamada “Resistencia” que mostraba protestas de mujeres, de la clase trabajadora, ecologistas y antinucleares, y una imagen me llamó la atención al ver las sonrisas en los rostros de las esposas y mujeres que proporcionaban comidas a toda la comunidad que estaba en huelga durante la huelga general de 1926. El año pasado, en el Reino Unido, 14 millones de personas se enfrentaron al hambre por no tener suficiente dinero. El 90% de los y las jóvenes se preocupaban por ganar suficiente dinero para poder mantenerse en el futuro. La identidad comunitaria del orgullo de clase se ha disipado y la gente se siente sola. En 2023, una de cada cinco personas de entre 8 y 25 años tenía un posible problema de salud mental. El suicidio fue la principal causa de muerte entre las personas de 5 a 35 años en el Reino Unido. Las escuelas del Reino Unido están eliminando materias como arte, música y teatro para centrarse en materias que conducen al “éxito”: economía, matemáticas y estudios empresariales. Estamos enseñando a nuestros hijos e hijas que solo hay una forma de sobrevivir, y esa forma es el sistema capitalista, que solo se sostiene gracias a la explotación. Nuestros hijos e hijas tienen miedo al futuro.

Un poema de R. S. Thomas (1913-2000), un sacerdote y poeta galés, captura parte de esto:

«La palabra»

Apareció una pluma y el dios dijo: “escribe lo que significa ser humano”. Y mi mano se cernió durante mucho tiempo sobre la página en blanco,

hasta que allí, como huellas de un viajero perdido, las letras tomaron forma en el vacío de la página, y deletreé

la palabra «soledad». Y mi mano se movió para borrarla, pero las voces de quienes esperaban en la ventana de la vida gritaron en voz alta: “Es cierto”.

Creo que esto no solo está alterando la forma en que pensamos sobre nosotros y nosotras mismos/as y cómo actuamos, sino que incluso está cambiando cómo somos como iglesias. Como seguramente saben, en el Reino Unido nuestras iglesias se enfrentan a un declive. Cada vez menos personas asisten, se bautizan y

se comprometen con las iglesias tradicionales. Creo que nos estamos convirtiendo en personas mucho más cautelosas y ensimismadas a medida que navegamos por esta “crisis” percibida. Estamos actuando con cautela tanto en nuestro testimonio como en nuestra huella económica. La conocida pero a menudo ignorada frase en los círculos congregacionales “En lo esencial, unidad; en lo no esencial, libertad; en todo, caridad” se está volviendo confusa y opacando lo profético. En cuanto al genocidio en Palestina, las iglesias del Reino Unido actúan con cautela y optan por hablar de forma colectiva en lugar de hacerlo por sí mismas. También reconozco que las iglesias no solo hablan con discernimiento de la voluntad de Dios en esta situación, sino que utilizan organizaciones benéficas, especialmente Christian Aid, como medio para expresarse. No tengo ningún problema con Christian Aid, ni con hacer cosas en conjunto. Pero he descubierto que en los círculos ecuménicos de Inglaterra se evitan las discusiones sobre cuestiones tensas —ya sea apoyar a Palestina, afirmar las diversas sexualidades o hablar con honestidad sobre el dinero— y se busca un enfoque moderado en la jerarquía eclesiástica. Una declaración ecuménica diluida que me llegue de seis líderes eclesiásticos tiene, al menos para mí, mucho menos peso que una declaración eclesiástica —o mejor aún— un llamado a la acción, originado en un debate local de una de las denominaciones más pequeñas del Reino Unido. Entonces, si volvemos al marco teórico que he presentado sobre cómo nos vemos a nosotros y nosotras mismos/as y cómo actuamos en esta era tecnológica, creo que esta falta de interés solidario solo busca una mirada de afirmación popular. No busca un movimiento profético que surja del debate, el diálogo y el discernimiento. Con la situación urgente de Palestina, ¿cómo nos atrevemos, como iglesias con tantos privilegios (especialmente en mi contexto, con complicidad histórica), a andar con cuidado para protegernos, a escondernos detrás de organizaciones benéficas y ONGs, y a no levantarnos y luchar contra esta injusticia?

También estamos siendo muy cuidadosos/as con nuestros recursos físicos. Estamos protegiendo el futuro y siendo más eficientes. Estamos viendo cómo se introduce en la iglesia un lenguaje mucho más secular y directivo, ya sea apuntando a un análisis de costo-beneficio para quienes se forman para el ministerio (como por ejemplo, que solo se considere para la formación a tiempo completo a aquellas personas a las que les falten X años para jubilarse, independientemente de su formación o conocimientos teológicos). Me incomoda equiparar un estipendio con un salario. También estamos enmascarando el lenguaje gerencial secular con la teología de “las nuevas raíces o los brotes frescos” cuando se habla de las prioridades a la hora de gastar el dinero. Algunas iglesias están siendo calificadas de insostenibles, consideradas una carga, como si sus recursos pudieran aprovecharse mejor en otros lugares... No recuerdo que Jesús le dijera nunca a nadie que no era lo suficientemente joven o dinámico/a para seguirlo. Recuerdo que nos dijo que vendamos nuestras posesiones y confiemos en Él. En mi contexto, el lenguaje sobre el futuro de la iglesia se centra en reducir y proteger, en explicar en

exceso y en mirar por encima del hombro. No creo que sacrificar a los más débiles para fortalecer a los más fuertes sea realmente un mandato bíblico.

Recientemente hemos perdido a Kathy Galloway, que era ministra de la Iglesia de Escocia y la primera mujer en ser líder de la Comunidad de Iona. Ella jugó con la historia registrada en Marcos 10: 17-31, donde Jesús le dice a un hombre rico que venda todo lo que tiene y luego lo siga. Imitando la voz de los discípulos, Galloway imaginó lo que pensaban:

El joven era realmente sincero y probablemente quería seguirlo, pero había algo aún más importante para él. Se interpuso en su camino. No sé si era el dinero, el estatus o el poder. Quizás solo le gustaba ser su propio amo. Porque, obviamente, no podías seguir a Jesús y a la vez seguir siendo tu propio jefe. Está bastante claro que lo estamos siguiendo. Somos sus aprendices. Lo único que tenemos es el estar aquí.

Sin duda, nos estamos acostumbrando a no ser las personas más populares, y si lo pienso mucho (lo cual trato de no hacer a menudo, porque me da miedo), veo que nos dirigimos hacia el desastre. Pero lo de “recibir cien veces más” no está tan claro. De hecho, no está para nada claro. Somos más pobres que cuando empezamos, nunca sabemos si habrá una cama para nosotros/as y la mayoría hemos dejado atrás a nuestras familias... Es curioso, nunca pensé que el dinero fuera algo que pudiera interponerse en tu camino, sino más bien algo que te permitiera salirte con la tuya.

Como iglesias del Reino Unido, queremos aferrarnos a nuestros privilegios, por miedo a perderlos. Queremos hablar y que se nos escuche, pero no hablar proféticamente. Nuestras iglesias también se inclinan hacia esta imagen vulnerable. ¿Somos demasiado débiles o frágiles como para estar del lado de Dios? ¿No queremos precisamente renunciar a nuestros privilegios para estar con las personas débiles y las personas indigentes y trabajar con ellas para recuperar su poder?

Tradicón

Las historias que contamos sobre nosotros y nosotras mismos/as se centran en mostrar nuestros privilegios (aunque minimizamos nuestros privilegios y resaltamos cierta vulnerabilidad para que parezca que hemos pasado de la pobreza a la riqueza). Deseamos privilegios: queremos éxito y la capacidad de hacer cosas que otras personas no pueden hacer, para resaltar y ser considerados únicos/as, especiales, impresionantes. ¿Por qué creemos que existe tal obsesión por estudiar a teólogos concretos, como Bonhoeffer? Ya sea como un luchador por la libertad al estilo estadounidense —el póster de la película muestra a Bonhoeffer ondeando triunfalmente un arma— o como alguien capaz de hablar en cualquier situación que promueva una posición teológica liberal en la actualidad. El académico neozelandés Andrew Clark-Howard acaba de publicar una excelente reseña de un libro titulado ***“The White Bonhoeffer: A Postcolonial Pilgrimage” (El Bonhoeffer blanco: una***

peregrinación poscolonial). Andrew revela cómo el autor, que basa este libro en su propia afinidad con Bonhoeffer como hombre blanco de clase media-alta y relativamente inteligente, centra la blancura como conducto para el conocimiento, sin una confrontación real con la violencia de la colonialidad y del Imperio. Cito aquí la reseña de Andrew:

La inocencia cristiana blanca y el complejo industrial de Bonhoeffer. Bonhoeffer es una figura que ocupa un lugar destacado en la imaginación cristiana blanca a través de una serie de enfoques radicales, liberales y conservadores. Sin embargo, en todos estos campos se adopta una hermenéutica similar, según la cual el propio Bonhoeffer —no solo su obra escrita, sino su propia personalidad— se erige como la representación más “auténtica” de la posición de cada uno. El primer capítulo del autor “comienza donde Bonhoeffer querría que empezáramos” (xix). En cuanto a la parte de su discipulado, el autor “trata de completar algunas de las lagunas de este conocido clásico que el propio Bonhoeffer intuiría que habría que rellenar” (xxi)... Esta hermenéutica de la “personalidad”, muy extendida especialmente entre los estudiosos liberales de Bonhoeffer, alimenta un problema más amplio que es el de privilegiar la subjetividad blanca en la teología descolonial hoy en día. En lugar de entender a Bonhoeffer y su propia blancura como parte del problema, se le permite al propio Bonhoeffer hablar desde más allá de la tumba para excusar sus propios pecados.

“Las personas blancas tenemos un camino particular que recorrer si queremos heredar el Reino de los Cielos. Al menos, eso es lo que creo que nos dice el Cristo negro, y yo creo en él. Bonhoeffer también lo hacía» (163). Aunque Bonhoeffer habló muy bien de su estancia en Harlem participando en la Iglesia Bautista Abisinia, si el Cristo negro estaba configurando su coraje político tan profundamente, uno imaginaría que aparecería más a menudo y más directamente en sus escritos de lo que realmente lo hace. Bonhoeffer no habla de seguir al Cristo negro ni debería tener la última palabra como su principal intérprete, ni siquiera para los lectores y lectoras y para las comunidades blancas. En *The White Bonhoeffer*, este contexto vital no queda claro.

El autor, al decidir escribir un libro sobre el privilegio poscolonial de “descentrar su blancura”, eligió a un teólogo que le recordaba a sí mismo. En lugar de explorar quién inspiró a Bonhoeffer y su testimonio —las personas negras cristianas de Estados Unidos, o las mujeres que lo apoyaron y, seguramente, lo desafiaron—, la personalidad de Bonhoeffer sigue ocupando un lugar central. Nuestras historias no transmiten nuestra conexión, sino que se centran en nuestro propio conocimiento. Michael Jagassar ha resumido bien esta tendencia como “hábitos coloniales continuos”. Estos depósitos heredados siguen manteniendo a muchas personas de la familia reformada en múltiples formas de cautiverio teológico y eclesial, especialmente notable en el hábito reformado de deferir a sus antepasados

teológicos para asegurar lo que significa ser “adecuadamente” reformado. Estos antepasados reformados, continúa Michael, “ofrecieron autorización teológica/moral para la conquista y la expansión europea/occidental, alimentada por la idea del *theatrum mundi* y el supuesto papel de los creyentes en la representación del drama salvífico de Dios para los salvajes incultos... La historia reformada y el desarrollo de sus doctrinas teológicas fundamentales no escaparon a la colonialidad y su insidioso alcance”. Volviendo a mi escena de la película, todavía no hemos quemado la sardina. No nos hemos purgado enfrentándonos honestamente a nuestros enredos coloniales. Seguimos recurriendo a ideas problemáticas de tradición o doctrina que han vuelto a ocupar espacios de privilegio y dedicamos tiempo a excusarlas por su ceguera hacia el privilegio, en lugar de ver cómo el reconocimiento de estos errores del pasado puede permitirnos dejar de aferrarnos a esa identidad para renovar nuestra iglesia y nuestro mundo a través de la acción y el poder colectivos.

David Thompson, uno de nuestros historiadores más destacados de la Iglesia Reformada Unida, escribió que “ser reformado no es como comprar un traje confeccionado que uno puede ponerse sin tener que realizar el arduo trabajo teológico que implica interpretar lo que significa el ‘Evangelio de la gracia de Dios declarada en la persona y obra del Señor Jesucristo’. Ser fiel a la Iglesia Reformada es una tarea mucho más arriesgada de lo que a veces suponemos”. Nuestra tradición se basa en el discernimiento colectivo. Consiste en lanzarnos hacia este “riesgo”, hacia estas conversaciones delicadas, hacia el desenredar nuestro violento pasado y ser honestos sobre cómo las confesiones no han sabido escuchar el clamor del Espíritu y ver a Cristo en los ojos de los desposeídos. Al igual que las figuras del carnaval permitieron la liberación en la escena cinematográfica, nuestra tradición rompe con el orden establecido. Es este salto hacia lo crudo y lo desconocido lo que resulta tan extraño y tan necesario para contrarrestar lo que la sociedad nos enseña. Al igual que el dinámico desfile de carnaval desorientó al agente fronterizo, la promesa de abundancia de Dios y nuestra misión de hacer florecer la vida de todos desorienta la retórica de que los privilegiados merecen todo lo que tienen y los que no lo son son un mal necesario. Ser reformados y reformadas no significa dedicarnos a felicitarnos a nosotros y nosotras mismos/as: necesitamos purgarnos de nuestra sociedad obsesionada consigo misma, alejarnos de nuestras *máquinas de visión*, liberarnos de nuestros privilegios y participar en movimientos de base que nos empoderen. Los privilegios entierran al profeta bajo los escombros. Me pregunto cómo sería la iglesia de Dios si realmente diera prioridad a la solidaridad sobre la prosperidad. Espero verlo algún día.

Dra. Victoria Turner